

EL BOTÓN DE ORO

ALEJANDRO ROSSI



El éxito tardío es una maldición. Aunque sea levisimo y casi invisible, crea un desenfreno emotivo, una excitación verbal que convierte al más manso en un descarado pregonero de profecías, diagnósticos y recetas. Cualquier fenómeno del universo —por subalterno que sea— le suscita al victorioso un juicio más o menos rotundo. Para los amigos es un martirio. Lo reconozco con lealtad: una de las virtudes más simpáticas de Leñada había sido su amor al anonimato, tan honorablemente logrado con esos libros suyos empeñosos y austeros. Yo admiraba su serenidad ante la odiosa indiferencia de los críticos —¡hablar de público es una crueldad a la que me niego!— cuando aparecían esos tomitos de cartulina pálida, mal engomados y con un pie de imprenta —*La Sultana*— que recordaba más a una bonetería suburbana que al ruido macho de los linotipos. Pero siempre he hecho mta la distinción —escolar y necesaria— entre 'vocación' y 'obra', tema por cierto sobre el que he impartido varias conferencias bravas, ésas con gallardos debates posteriores, a las que asisten intactas señoritas diplomadas y broncos exalumnos de talleres literarios, quizá no la concurrencia ideal aunque acepto que, en estas épocas, es una clientela meritoria. Decía, pues, que una cosa es la purísima vocación de Leñada —¡allí nadie encontrará una mancha!— y otra los frutos de una pluma entre marchita y experimental, una mezcla, lo admito, rara, tal vez inexplicable: una monja de penumbra pintando un cuadro cubista. La vida de un justo, entonces, alejada de las editoriales pomposas, de los torneos conceptuales, de las histéricas cartas a los periódicos para corregir la modesta vocal que altera —¡caso único!— la deslumbrante tesis y apartada, desde luego, de las presentaciones de libros: "Los textos hablan solos", me comentó algunas veces, frase que al principio me pareció bastante sosa, lo confieso, pero que con el tiempo 'me ha calado', como diría el chistoso vasco Jauregui. En efecto, ¿estaría yo ante un caso de lo que bauticé —¿para qué falsas modestias?— en aquella complicadísima charla sobre *Adolescencia y Poesía*, la 'sencillez honda'? También es verdad, todo hay que decirlo, que le he reprochado (con benevolencia, por supuesto, era entonces un alma quebradiza) su apatía ante la fascinante modernidad, tal vez uno de

mis puntos débiles. La Babel Contemporánea —la expresión es de Gorrondona— más bien lo asustaba. A Leñada le gusta —¿o le gustaba?— caminar a grandes pasos —una contradicción, diría yo, con su temperamento lacustre— por calles jubiladas, sin vocalizar, como si estuviera en plena lucha con una rima arisca. La amistad es sacrificio, de acuerdo, pero de ninguna manera una rendición incondicional: al Zoológico yo no entraba. Porque ese era el sitio preferido, la meta anhelada de sus áridos paseos. ¿Cómo explicar esa inclinación en un sonetista espartano? No lo sé, la verdad es que tampoco quiero enterarme, estoy harto de los misterios de Leñada. Para no dejar el tema en el aire, sólo diré que probablemente sea una víctima más de la 'fascinación del tigre'.

Defiendo, pues, la pureza de Leñada. Jamás asistió a un coloquio —en algún hotel provinciano con desayuno pagado— sobre el desarrollo de la narrativa local en los últimos tres meses. Dudó, es verdad —¡caramba, era natural, tocaba su viscera más delicada!— cuando lo invitaron al encuentro (convocado por un atractivo andrógino) acerca de 'Poesía y Silencio' en una playa apenas inaugurada por la Secretaría del ramo. Queríamos que viajara, queríamos que tomara el sol y, sobre todo, que conociera a Anne Ségur, la legendaria créole, la 'maga de Pointe-à-Pitre', según la calificaba el muchachito limítrofe. Una mujer así, versificadora y maternal, era —sospechábamos— lo que podría encender a Leñada. Ganó no obstante —sin que en realidad nos sorprendiera— la cautela del solitario. Una vez, cito el incidente como un ejemplo de su reticencia heroica, le solicitaron su biografía en tres cuartillas de veintisiete líneas para publicarla en un anexo desprendible de la nueva revista *México: el enigma de seis culturas*. Otra martingala de Bob García, ya de regreso de su prolongada meditación oriental en un motel de Sausalito. Pretendía dar a conocer los artistas nuevos, 'Los que vendrán', según anunciaba el optimista folleto inventado por el macaco ahora rapado. De inmediato me di cuenta de que era una callada tratar a Leñada como un neonato literario después de la *Oda a Darwin* y, en especial, después de los *Sonetos de Alcoba*, centenares de endecasílabos deslizándose con precisión exasperante entre las sábanas,

las paredes, el sillón de las epifanías, la mesa con el fichero de las frases célebres, los zapatos de tacón gastado y el retrato de una abuela tristesísima que, sin embargo, 'le tuvo fe'. Comenté el libro con prudencia, le di a entender que necesitaba masticarlo mejor, que me tomaba por sorpresa su elogio a la goma de borrar. "Es la contra-épica del poeta moderno", me contestó con esa mirada fija tan fuera de lugar. La propuesta de Bob, ni qué decirlo, lo puso nerviosísimo: su rigor literario lo inclinaba a la fecha de nacimiento y a la mención de unas cuantas páginas 'picudas', expresión que siempre me ha repugnado. Pero también deseaba, colibrí impaciente, exponer su 'credo literario'. Lo admitió con una seriedad alarmante: el verdadero escritor, el que lleva las riendas, no el sonámbulo que oye voces en la azotea, tiene la obligación ética —si señor, dijo 'ética'— de presentar sus credenciales. Lo oí con simpatía y desesperación, el Director de Tesis frente al alumno que nunca concluye. Estábamos en el espacio múltiple —dormitorio—taller—gimnasio—comedor—de mi confidente de ese verano, Agatha, grafitista encomiable, alhuseriana reformada, una de las indudables precursoras de la 'danza introspectiva' y en esos tiempos ascendente artista plástico —sección fotografía—, especializada en lo que Bob describió como 'los detritus del libre mercado'. Un elogio turbio, no lo niego. A pesar de curriculum tan denso, yo no me asustaba. Para mí era una paloma glotona. Sus secreciones teóricas me tenían sin cuidado. No, no me he olvidado de Leñada. Allí, estimulado por ese ambiente variopinto —adjetivo que vuelve a cruzar las aguas de nuestras letras— se dejó ir y en un tono de desproporcionado desafío (la brutalidad del tímido, nada nuevo), me agredió con la revelación de que el 'yo' no existe. ¡Otra vez el mismo chisme! ¿Cuántas veces he dicho que un escritor sin memoria es como un atleta sin pulmones? ¿Es posible, entonces, que Leñada, lector prolijo, no recordara mis complicados intentos para borrar o al menos desdibujar el sujeto narrativo? ¿Me estaba provocando? ¿O debo aceptar la sucia hipótesis de Gorrondona —más tanguera que metafísica— 'de que nadie escucha a nadie'? En realidad no resolvimos el problema porque Leñada insistió, con el tono hipnótico del duelista enamorado de su propio cadáver, que el 'yo' es una baratija de bazar, un comediante verboso. Aquí es bueno no olvidar que en los descoloridos patios escolares mi viejo amigo había recibido la influencia del Padre Organdía, una sotana heterodoxa en permanente espera de deliciosas uniones milagreras. Las charlas duraron poco, sin embargo, pues los superiores, alarmados por el iluminado, lo despacharon a una granja australiana de la aun poderosa Compañía. Menos mal que le oculté la traducción de Tierno Galván del *Tractatus*, el libro con que los poetas poltrones quieren ingresar a la modernidad.

¡Imaginense a Leñada repitiendo que hay que darle una patada a la escalera!

Entregó al fin dos cuartillas sumamente enredadas, una prosa precipitada, de excesiva velocidad, como si fuera el taquígrafo de una indiscreción teológica. Bob García las leyó sin bajar nunca las pobladísimas cejas de primate, supuesta sorpresa admirativa aunque también probable recurso editorial ante un muro impenetrable. Nadie me lo creará: me consolé con el *dictum* de Gorrondona: "Tarde o temprano los escritores caen en el pantano de la teoría. Los templados sudan las fiebres y sobreviven. La táctica es no contradecirlos." Seguí el consejo y lo traté con la hipócrita sonrisa del enfermero vicioso.

Las sorpresas me disgustan, el perro que de pronto aulla como si reconociera un viejo enemigo, la limosnera que salta desde un zaguán oscuro, la cara del miserable cuando se abre la puerta del ascensor. También entrar a *La Media Luna* y toparme con una escena inaudita: en el fondo a la izquierda, junto a la ventana, dos enormes luces iluminaban la cueva de Gorrondona, su mesa sagrada. Del lado de la ventana —el sitio reservado a la víctima de turno— estaba sentada Enriqueta Pérez-Lobo. Sí, la misma, la infatigable cronista de jardines abandonados y casas derruidas, restos —decía ella— de una 'ciudad de señores'. No me gusta elogiar a Gorrondona, pero reconozco que le pegó al clavo cuando una tarde —lluviosa, enervante— la describió como "una señorita algo vampira, aficionada a los velorios célebres, nieta seguramente de un sinvergüenza". Esa tarde lucía Enriqueta una calma excitada, como si alguien le hubiera contado un secreto exquisito. ¿O se habría puesto unas gotas de belladona en sus córneas grisáceas? Frente a ella, la rapidísima antillana Gladys Rodrigues, la entrevistadora estrella del programa *La Noticia Rodante*. Entre las dos, bien acomodado en el sillón del amargo Gorrondona —un acto de audacia revolucionaria—, mi sorprendente amigo Jaime Leñada. Vestido con un saco a cuadros de corte lombardo, un sweater ligero a rombos de origen veneciano y en el ojal un relojito redondo —¿Tiffany?— enmarcado en un aro de cuero oscuro: listo para un paseo con Somerset Maugham por la cubierta del Queen Mary. A dos metros del grupo, el camarógrafo impaciente, un joven de ojos saltones y labios de negro descarado. La sesión de maquillaje, organizada por una especie de enana sonriente, ya había acabado. Las ralas cejas de Leñada resaltaban como dos pinceladas de teatro japonés y las mejillas —¡caramba, las pálidas mejillas de Leñada!— eran ahora carnosas y exigentes. Considero una virtud haberme quedado callado. ¿De qué se trata, pense, acaso del derrumbe de una vida virtuosa aunque sin duda monótona? La entrevista estaba por comenzar, la antillana, mestiza desbordante, miraba a la cámara con la concentración de una nada-

dora que espera el pistoletazo. ¿Qué hacer? Me escurrí, creo que con dignidad, hacia una mesa mezquina, despreciada por nosotros. Apenas saludé a Gorrondona y a Rinconera. El Búfalo no respondió, el discípulo, como es su boba costumbre, dijo "¡Salud!". Oí la voz enérgica de Gladys Rodrigues: "Esta tarde, queridos amigos, estamos con un triunfador, con el escritor Don Jaime Leñada, el ganador del importante premio *El Botón de Oro*, otorgado a una obra singularísima: *Los Días Mansos*, libro con un título pacífico, pero redactado con una prosa hirviente. Explora los aspectos externos y también internos —¡faltaba más!— de nuestra ciudad amada, aunque en ocasiones —lo reconozco sin dobleces— puede ser ingrato y duro. *El Noticiero Rodante*, la cámara que no descansa, descubrió a Don Jaime Leñada en lo que los antropólogos a la *mode* (de moda, en buen romance) llaman el habitat natural: el Café, el hogar del artista moderno, la placenta —no le temo a las palabras— que lo protege y alimenta. Injustamente proscrito de las voraces y caprichosas mesas de novedades es, créanmelo, autor estimadísimo en los círculos archisecretos —¡los de alambique fino!—, donde se crea el arte del mañana, hombre, pues, de las catacumbas literarias, sangre no infectada por la crematística o por el soborno publicitario. Jaime Leñada entrará hoy por primera vez, gracias a la bondadosa impertinencia de nuestra imagen invasora, en las salas artesonadas y también —¿no vivimos en la democracia?— en los dignísimos y mayoritarios habitáculos amueblados a plazos razonables por nuestros beneméritos patrocinadores. Les presento (y nos mostró sus dientes neoyorquinos) al nuevo amigo, a Don Jaime Leñada". El cual intentó una sonrisa leonardesca y saludó con la mano derecha como si fuese un estadista dentro de la limousine. "Don Jaime, nuestra época es trágica, cruel, innovadora, variopinta y abismal: conquistamos la luna, inventamos el kleenex y el fax, los satélites nos espían, vivimos años de hambruna y de pizzas a domicilio. Necesitamos mentes serenas que ordenen nuestras vidas. Fiel a mi estilo, le pregunto a bocajarro: ¿está en peligro la especie, hemos perdido la brújula?" En ese instante, seguramente previsto, el malhumorado Anselmo se acercó con una tacita y un vaso de agua, un toque de cotidianidad, el eslabón con la vida anterior. Soy sincero, me dejaron admirado. Leñada asintió dos veces con la cabeza, los ojos desmesuradamente abiertos, como si también él contemplara el terrible abismo invocado por Gladys Rodrigues. Se limpió el ángulo de la boca con el meñique, un feo hábito suyo para eliminar restos de saliva pastosa. "El problema, Gladys, es imponente". Ahí lo interrumpieron y la antillana le aconsejó: "No tan fuerte, no tan fuerte, Don Jaime. Hable con su voz natural". Como una ráfaga de mal aire me llegó el susurro sibilante del Búfalo irredento: "¿Cuándo ha tenido una

voz natural?". Me quedé callado, con la incómoda sensación de una posible traición. Lo acepto, me falló la respuesta fulminante, tal vez por la situación confusa o por una inconfesable duda lejana. Ahora, con el tono cejijunto de un milenarista agobiado, repitió Leñada: "El problema, Gladys, es imponente". "Sí, es imponente", comentó algo desganada la Srita. Rodrigues, como si contemplara una fotografía aérea del Himalaya. "Estamos en la época de la Utopía vencida", proclamó mi amigo al auditorio del *Noticiero Rodante*. Casi di un salto. ¿No me repetía, una y otra vez, que el auténtico poeta huye de la generalidad, que su camino era el de la 'pequeñez eterna', la corteza rugosa del liquidámbur, la hormiga con la hoja a cuestas, la mancha de agua en el zaguán familiar? "Es cuando las civilizaciones —continuó el vidente— carecen de la noción del futuro. Organismos cansados, animales desorientados, quirománticas afónicas, marinos que han perdido el sextante. Así es, mi querida Gladys". ¿Dios mío, qué es esto? ¿mi querida Gladys? "El tema es complicadísimo", insistió Leñada mientras absurdamente se miraba las palmas de la mano. "Habría que ahondar en las cavernas de la ontología". ¿Otra vez la sombra del inseparable Gilson! "No se asuste, amiga Gladys, sólo le diré, para que se oriente, que no somos animales del instante, presente puro: al contrario, requerimos dimensión temporal. ¡Somos tiempo, señoras y señores!" De nuevo se le había descontrolado la voz. El camarógrafo hizo una mueca tribal muy desagradable. Leñada calló unos segundos, se acercó el vaso de agua a la boca y hechó la cabeza atrás como si tragara una enorme pastilla. Todos vieron su notable manzana de Adán. ¿Manierismos de escritor premiado?. "Es verdad, Don Jaime, el tiempo es capital en nuestras vidas, hay que organizarlo, hay que aprovecharlo, el tic-tac es implacable. Pero volviendo a la brújula, ¿la habremos perdido?" "A eso voy, a eso voy, Doña Gladys. No olvide usted que trato de resumir reflexiones de años. Es natural que para usted el tiempo sea el del 'reloj', el tiempo quizá del trabajo cotidiano. Esa es la revelación primera. Nada malo hay en ello, no se sienta disminuida, se lo ruego. Déjeme formularlo de otro modo: el hombre —y también la mujer, no se alarme Gladys— orientan la vida a través de posibles proyectos. Eso nos define, señora Rodrigues. Ahí se cuele el tiempo, el futuro. Ahora fíjese bien: cuando hay proyectos, hay esperanza. Si falla la esperanza —*Hoffnung*, sí, *Hoffnung*, término ya más técnico—, si se desmorona, repito, la esperanza colectiva, esa civilización decae, es la muerte ontológica. O para utilizar esa figura gastada —disculpeme— que tanto le gusta: hemos perdido la brújula". "¿Caracoles, Don Jaime!, buscaba al escritor y encuentro al filósofo. Es lo bonito de la televisión viva e improvisada: la sorpresa". Me pareció descubrir el rastro de una sonrisa de satisfacción en los labios

delgadísimo de Leñada. "No se asombre usted, prosiguió, es mi convicción que el escritor, ¡bueno! no cualquiera, pienso en las banderas de una época, expresa lo que con esa inimitable habilidad verbal germana se llama *Zeitgeist*. Es la atmósfera filosófica de un momento". ¿Leñada pensador? ¿Qué sucedía? ¿Dónde estaba el 'sonetista de la cotidianeidad', frase que provocó, de acuerdo, la famosa risa ronca de Gorrondona, pero ningún argumento en contra? La antillana, es de justicia reconocerlo, no reculó ante el tecnicismo tudesco y con una expresión de falso espanto (que indicaba un alma más picarona de lo que yo había sospechado), le preguntó: "Don Jaime ¿qué debemos hacer, entonces? ¿Dónde estamos?". Leñada guardó silencio cinco o seis segundos —una descortésa televisiva, el camarógrafo de marras miró alarmado a Gladys— con la boca apretada como si meditara la conveniencia de revelar una peligrosa verdad. Al fin, con los ojos brillantes —¿por qué tan brillantes?— respondió en un tono de gruta ceremonial: "Estamos en la tierra baldía". "¡Ay! Me pierdo un poquito. ¿La tierra baldía, Don Jaime? ¿Como esos lotes abandonados en las afueras de la ciudad?" "Permítame continuar, señora Rodrigues. *La Tierra Baldía* es la metáfora de nuestra desolación, no un término urbanístico o catastral. Indica que somos materia sin sentido u orden. O para decirlo con mayor sencillez: nos dejaron los Dioses, somos residuos cósmicos. Qué debemos hacer, se pregunta usted. Yo le respondo con una simpleza grandiosa: inventar nuevos Dioses. El resto son trivialidades de tertulias agotadas". Me pareció que miraba a Gorrondona. "Entonces, Don Jaime, ¿propone usted fundar una nueva religión? ¿Qué pasmo para sus admiradores! Ya lo veo con sandalias y túnica blanca. Seré una de sus fieles, aunque, claro, la televisión me deja poquísimo tiempo." Me dí cuenta que a la antillana se le había pasado la mano. Sin quererlo, llevada por su alegría de malecón, había irritado uno de los nervios enfermos de Leñada. Lector apasionado de Rudolf Otto, lo 'sagrado', 'lo santo' —*Das Heilige*, como él decía— era intocable para el poeta. "No me confunda, señorita Rodrigues, con un profeta bronceado de California. Nada desprecio más que esos incontinentes pastores de niñas bobas y descalzas. Son la caricatura de una respetable transcendencia. Un ejército de morones, morralla hedonista, el testimonio de la vulgaridad del siglo". Tenía razón el Búfalo, la rabia es el mejor estímulo oratorio. Sin embargo, Gladys tenía sus tablas y con brio caribe —muy atractivo, por cierto— le replicó: "No se sulfure, Don Jaime, usted afirmó que nuestra salvación consiste en inventar nuevos Dioses. Por eso pensé que..." "Lo dije, lo dije —tartajeó Leñada, malísima señal— y seguramente fue un error. Mi intención, señorita, era otra: el término 'Dioses' en mi lenguaje es una figura literaria para aludir a la esperan-

za en una nueva ilusión de las masas". Ya había recordado la relativa elocuencia. "No aludo, insisto en ello, a esos farsantes que disfrazan de espiritualidad sus interminables cópulas arenosas". Casi lo aplaudí, algo quedaba del antiguo Leñada, aburrido muchas veces pero siempre puro. "¡La esperanza, señores, la esperanza es la palabra clave!" No me gustó cómo lo dijo, demasiado patético, parecía un esclavo romano desesperado. "¡La esperanza! —apuntó enseguida la astuta antillana—, un bello concepto para tiempos difíciles. Estoy con usted, Don Jaime. Quisiera, mal que me pese, voltear la página filosófica y hacerle la pregunta que desde el comienzo de nuestra vibrante charla tengo en la puntica de la lengua: ¿qué piensa de su obra el autor de *Los Días Mansos*, el libro bomba?" También él tenía la respuesta en la lengua o en el paladar. "A ningún creador le agrada comentar su obra. Es la hora grave de los lectores, cuya colaboración, querida Gladys (la tormenta había pasado), es indispensable para que se redondee el destino artístico de un libro. Un libro publicado es el hijo que ya anda solo por el mundo. El buen padre lo observa, pero no interfiere". "Creo entender, Don Jaime —me ayuda mi amplia experiencia humana—, esa misteriosa dialéctica. Sin embargo ¿no podría regalarnos una opinión, por breve que fuese, sobre *Los Días Mansos*?" "¡Ay, Gladys, las cosas que me pide! ¿No sabe usted acaso que el escritor serio, el que se ha jugado la vida por la literatura, jamás se relea? ¿No sabía usted que una vez adormecidos determinados fantasmas, lo único que nos mueve es la obra en el telar, según frase de un respetable colega? En fin, sea, intentaré vencer a la lejanía y al pudor". Dios santo ¿qué estaría pensando Gorrondona? "Formalmente es un libro de una experimentación continua aunque recubierto, si es que me explico, de sabiduría clásica. Las bodas de la tradición con la vanguardia más aventurera. Para darme a entender: como si los dadaístas hubiesen reescrito a Chéjov. Hay millares de palabras, Gladys, pero si usted se fija hay silencio, mucho silencio. Más aún, quise averiguar si la literatura era capaz de capturar el vértigo y al mismo tiempo lo que llamo 'la estática' de la vida, la sombra muda que rodea nuestros actos más enloquecidos. Una empresa arriesgadísima, una enormidad tal vez, pero alguien debía intentarla. No me siento insatisfecho, alcanzar el silencio mediante palabras no es tarea fácil, se lo aseguro. Es un libro, no me taparé con pudibundas hojas de parra, que cuajó: adecuado para el lector —naña despreciable, quede claro— que gusta del diálogo afectuoso y circular de la pareja en el parque umbroso y ni mandado a hacer para el lector eléctrico que sólo se satisface con el garigoleo sintáctico. Señorita Gladys, recuerde que soy un artista, no un profesor. Muy pronto vendrán las tesis, la exégesis obligadas". "¡Fascinante! Esta vez el jurado dió en el

blanco. Supongo, Don Jaime, que *Los Días Mansos* lo dejó agotado. ¿O me equivoco? "Sin entrar en intimidaciones fisiológicas, le confesaré que siento lo que suele describirse como la *fatiga del metal*". "¡Qué bello, Don Jaime!"

¿Qué es esto, qué ocurría, la crisálida que se transforma en mariposa o más bien el ángel que se arranca las alas? Leñada, lo he repetido tantas veces, es terco, machacón, físicamente algo blando, con una piel lechosa que se cubría de moretones entre negros y azules al menor choque con un mueble. Nada más ajeno a él que el mundo de la metalurgia. ¿No ha sido acaso mi eterno reproche su huida de la contemporaneidad brusca, chirriante? ¿Me habrá engañado durante años con su palidez de habitación mal ventilada, con sus caminatas por los barrios más difuntos de la ciudad? Aquí sin duda, me dije, hay un tema, que ya lo precisaré, para un ensayo duro y definitivo. Un ensayo parte-aguas, como decía —refiriéndose a los suyos, naturalmente— el Carnicero de la crítica. ¡Qué difícil se ha vuelto defender a Leñada! Ya volvía a la carga Gladys después de un brevisimo intervalo en que la enana —de una etnia desconocida— le empolvó la frente y la nariz, pequeña, vibrátil, un animalito curioso, la cosita más bonita de la antillana. "Está con nosotros una invitada de honor del *Noticiero Rodante*, la cronista de la ciudad perdida, la que nos devuelve el aroma y el señorío de una época. También ella, a pesar de su insuperable melancolía histórica, celebra al ganador, a Don Jaime Leñada. Le cedo la palabra, palabra suave, elegante, contemplativa". Sonrió Enriqueta a la cámara, se le notaban las ganas de intervenir en el pali que —así llamaba ella a cualquier conversación. "Don Jaime, me sumo al encomio unánime, yo soy una escritora, digamos, de rescate, usted abre caminos nuevos. He advertido que en su literatura la mujer —ya sea la madre, la amante, la hermana o la hija— es esencial. Sin ánimo polémico ¿qué piensa de la mujer?" ¡Lo pescó la melancólica! Pregunta brava para Leñada, hombre solitario si los hay. La madre se escapó hace una eternidad con un psicoanalista fanfarrón, no hubo así tiempo para que naciera la hermana comprensiva y Leñada nunca pensó en tener más hijos que sus tomitos intonsos. Queda la amante. Yo en verdad creo que es mucha palabra para aquella muchacha pecosa, laboratorista por las mañanas y empleada de cuatro a ocho en la óptica del catalán Torrellas. Algún paseo en las barquitas del lago, codos que se habrán rozado en el cine. Nada más, migajas, señales borrosas. Poeta más de objetos que de personas. Sí, es cierto, andan por allí algunos cuentos, la serie de *Milena*. Corresponde a la entrada de Leñada a la prosa, más vale no recordarlos. ¿Habrá cambiado también en esto? ¿Será ahora el vanidoso domador de una nutritiva venezolana con una esmeralda salvaje en el dedo del

corazón? "Doña Enriqueta, lo más puntiagudo lo dijo ya Antonio Machado: 'La mujer es el anverso del ser'. ¿Qué podría yo añadir? Como escritor la mujer me es útil para romper la monotonía del relato, es un recurso sin par". "¡Ah, Antonio Machado, el del palacio de Las Dueñas! Bueno, en otra ocasión discutiremos esa afirmación difícil", contestó la perpleja cronista. Una cortina de humo que tampoco a mí me sacó de dudas. "Yo soy, Don Jaime, una lectora constante de la literatura recién salida del horno. Por eso los suplementos literarios me apasionan. Estamos, me parece, ante una gran cosecha, pululan, se multiplican, se enriquecen unos a otros en combates viriles. ¿Estaría usted de acuerdo conmigo?" "Pululan no es mala palabra. Sinceramente, Doña Enriqueta, no me suscitan entusiasmo alguno. Me parece que convierten a los escritores en coristas nerviosas que se pellizcan las nalgas. El crítico Gorrdonona opina que son urinarios literarios". ¡Se ahorcó Leñada! Ya me imagino los comentarios de Juanito Barrionuevo, la novísima de los dominicales. Un estallido más o menos comprensible, provocado por mil rechazos y desdenes hirientes. ¿No me había dicho en una de esas horas lloronas que él era el San Sebastián de las letras nacionales? Una tontería sentimental que yo, entonces, tomé a broma. Citar a Gorrdonona, por otro lado, no lo ayudaría: los críticos jóvenes detestaban su corpachón autoritario y sus teorías de mayonesa: citarlo era como aliarse con el Jefe de la Policía. Me pareció que Enriqueta se había puesto colorada, quizá se imaginó en una fila de bataclanas listas para entrar al escenario. "Es usted muy severo, Don Jaime, aunque entiendo las pocas pulgas de los creadores de fuste. Yo les concedo el derecho a la impaciencia, la furia purificadora de un ego excepcional. Pasemos, pues, a otro tema. Espero que no lo irrite tanto. ¿Qué opinión le merece nuestra literatura última?" "Seré ecuaníme, Doña Enriqueta, pero nunca indulgente. Encuentro aquí y allá, no lo negaré, algunas frases rescatables y un par de rimas tolerables. Lo que no vislumbro es el libro, el que nos sacude la carne dormida como un latigazo. Prefiero a los poetas. Los prosistas están enfermos de público. La prosa auténtica, además, está asediada por los lenguajes paralelos que la invaden y la despojan: el de la política, el de la sociología, el de la burocracia, el de la televisión, el de la academia. Usted se rompe la cabeza, Enriqueta, para dar con un adjetivo que sea un alfilerazo y a la semana lo oye en boca de un locutor. Al rato todos escribirán igual". "Es tristísimo lo que dice, Don Jaime. Si esa es la situación ¿qué consejo le daría a los jóvenes?" "La aguja en el pajar, señorita cronista. ¿Me entiende usted? Veo que no. De otro modo, pues: la singularidad absoluta, la prosa intransferible. La consecuencia, por supuesto, es que la mayoría debería dejar de escribir". "Un remedio terrible, digno de He-

rodes, Don Jaime, y que tal vez atenta contra los derechos humanos. Algunos dirían contra la democracia". "¿Qué me importa! ¿Cuándo ha sido democrático el gremio artístico?" Casi gritaba, era transparente que se sentía un consul coronado al regreso de una campaña en el Rin. La casta Enriqueta no tenía olfato: en lugar de retirarse ante el nuevo *Botón de Oro*, quiso hacer su invariable comentario sobre esa ciudad inventada de la cual era cronista. "Don Jaime, no quisiera despedirme sin confesarle un deseo íntimo: me agradaría muchísimo que nuestra próxima charla fuera en la veranda de una casona noble, usted y yo sentados en unos sillones de mimbre, en la mesa la tetera y un florero con una rosa moribunda. Al fondo, unos macetones con olor a tierra mojada. Allí, en un tiempo ficticio, hablaríamos del cielo y de la tierra. ¿Me regalaría un par de horas?" El premiado hizo un gesto de fastidio con la mano izquierda: no espantaba una mosca sino la imagen de ese té seguramente tibio. En el meñique observé, por cierto, un anillo que nunca había visto. "Seré sincero, amiga Enriqueta. Me desagradan esas que usted llama 'casonas': en general son desvergonzadas copias arquitectónicas, no admiro a quienes las habitaron, usureros y politiquetes. Cascarones húmedos que alimentan una tristeza teatral y, lo que es peor, una literatura de naftalina. Esa rosa, por ejemplo, que no se acaba de morir, me pone la carne de gallina. ¿No será mejor que nos tomemos un par de cafés express, de pie, aquí, en la *Media Luna* de siempre?" "Como usted, prefiera, Don Jaime, yo estaré, sin poner condiciones, a sus órdenes." Respondió Enriqueta con una voz amarillenta, si cabe, y una media sonrisa de 'gran señora'. En ese minuto tuve la revelación: Leñada imitaba a Gorrondona. ¿Como era

posible después de tantos vapuleos? Pensé, en una iluminación fugaz, que los maestros crueles son modelos imborrables. Es horrible, pero en el fondo los admiramos.

La entrevista estaba en sus postrimerias. La antillana, de nuevo ante la cámara, tenía una expresión, me pareció, de sospechosa complacencia. "Amigos del *Noticiero Rodante*, todo lo bueno se acaba. Le agradecemos a Don Jaime su sincera impaciencia, sus opiniones —¿cómo las calificare?— sí, ya sé, pensamientos de navaja fina. Un gran autor no se anda por las ramas. Aquí lo encontramos y aquí lo dejamos, en su rincón acostumbrado, entre sus antiguos amigos, en el Café de sus desvelos. Gracias, Don Jaime. Buenas tardes a todos". Leñada inclinó la cabeza y dijo alguna cosa que se me fue. Me dio la impresión de que estaba molesto, como si lo hubieran interrumpido. El premiado quería seguir descargando su mercancía. En diez minutos el equipo del *Noticiero Rodante* había desaparecido. Sólo Gladys conversaba, mientras se retocaba los labios, con Leñada. Yo no sabía qué hacer. Miré a Gorrondona, quien sonreía ampliamente. El Búfalo mascaba hielo y se pasaba su enorme pañuelo azul por la frente. Me acerqué a su mesa y antes de que yo dijera nada exclamó: "¡Los premios sueltan la lengua! Lástima que su amigo se haya estancado en Spengler y el existencialismo. Que lea a Valéry". No le repliqué al viejo toro y me dirigí, por primera vez con precaución, hacia Leñada. "Bueno, bueno, pronto te darán una cátedra patrimonial. ¿Qué? ¿Nos tomamos un café el jueves?" Me observó con cortesía helada y replicó: "Imposible, ese día viajo a Frankfurt. Ya sabes, la Feria". Me quedé inmóvil y me consolé pensando que, por suerte, hay personas fáciles de odiar. ♣